

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: Tranquilo y amparado en Dios – Salmo 62

(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Tranquilo y amparado en Dios – Salmo 62 (12 días)

Día 1

Sal. 62:1-12; 63:1,2

¿Acaso no estamos todos buscando tranquilidad y refugio? Ambos se encuentran difícilmente en nuestro tiempo. Ruido, trajín, obligaciones y muchas citas amenazan desde afuera la ansiada tranquilidad. Preocupaciones, temores, problemas de relación, envidia, desconfianza y dudas importunan nuestro interior con mucha inquietud.

¿Quién dijo estas palabras: “mi alma está acallada en Dios ... Alma mía, en Dios solamente reposa”? ¿Es acaso alguien que disfruta la quietud de una isla lejana?; ¿alguien que vive lejos de los acontecimientos del mundo?; ¿alguien que se ha retirado de la vida activa, quien quizá ya no tiene desafíos o tensiones?

El autor de ese salmo es el rey David. Nos daremos cuenta por sus palabras, cuán tensionados eran sus días. Personas a su alrededor lo miraban con envidia . Ellos le ofendieron y le calumniaron; ellos querían derrocarlo de su trono y terminar con su vida (2.S. 15:1ss). Pero justamente en esa situación llena de temor e inseguridad, David canta la canción de la quietud en Dios. Él comienza la “huida” hacia adelante, la huida a los brazos extendidos de su Dios (Lea Sal. 27:1-4; 37:4-7; Is. 26:3,4).

Junto a Dios él encontró paz y refugio, y pudo decir consolado y esperanzado: “En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación”. ¿Cómo podemos nosotros vivir tranquilos en Dios, en medio de las exigencias de la vida diaria? David nos da en el Sal. 62 cinco consejos, de la manera con la cual él llegó a la tranquilidad:

a) busca la presencia de Dios (v.1,5), b) ten en cuenta, quién es Dios para ti (v.2,5-7). c) derrama tu corazón ante Dios (v.8). d) deja que Dios responda a los ataques del enemigo (v.3.4). e) pon tu confianza en la Palabra de Dios (v.11,12; lea Sal. 73:23-26,28; 84:10-12; 34:4-7).

Día 2

Sal. 62:1-12; Is. 30:15

1. Busca la presencia de Dios

“En Dios está acallada mi alma – Alma mía, en Dios solamente reposa”. David habló primero de su experiencia que había hecho: “en Dios está acallada mi alma”. Pero después se exhorta a sí mismo: “alma mía, en Dios solamente reposa”. ¿Acaso no vivimos también en ese campo de tensión entre experiencias alentadoras y altas exigencias, que nos inquietan y molestan?

La vida se puso muy inquieta, los días están repletos hasta el último minuto. Muchas cosas nos quitan fuerza y tiempo y nos preguntamos: ¿dónde queda tiempo para el encuentro con Dios, para estar tranquilo delante de Él?

“En este salmo llega la gran tranquilidad. Es la oración de un hombre, que en medio de tremendas tribulaciones, encuentra en Dios mismo la quietud. ¿Pero qué quietud es esta, de la cual se habla aquí? No es el acallarse por impotencia ante el inevitable y superior poder del destino, tampoco de la pasiva resignación, que se doblega sin rebelión ni resistencia a la voluntad de Dios ... El estar callado, del cual habló el salmista, no es una actitud pasiva, sino una muy activa muy semejante a la esperanza. ‘Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza’. Es el fruto de la fe, que echa todas las preocupaciones y temores en el poder y en la sabiduría de Dios, sabiendo que está en sus manos” (H. Lamparter; lea Sal. 31:13-19; 57:2.3; 65:2.4-7).

Este camino a la presencia de Dios nos lleva fuera de todo trajín, apuro e inquietud, y dentro de una serenidad otorgada por Dios. ¡Confíe usted en Él! ¡Cuenta con el Señor! En toda confusión, en las inmensas profundidades de la vida, nuestro corazón solo en Dios estará tranquilo (Lea Sal. 138:7,8; 23:1-6; 43:3-5.)

Día 3

Sal. 62:1-12; Mi. 7:7

“Alma mía, en Dios solamente reposa”. El profesor Ole Hallesby señaló en su libro “Nuestra fuerza crece de la quietud” con énfasis: “¡busca la tranquilidad! Entra en tu cuarto ... Cuando la confusión del mundo y la inquietud de tu alma te siguen hasta allí, entonces pide al Señor que te muestre, si en tu relación con Él algo anda mal. ¿Hay algún pecado, que no hemos puesto a la luz? ¿Resistimos en algún ámbito de nuestra vida contra el obrar de Dios?”

A veces también la razón puede ser el cansancio o cargas que impiden poder llegar a estar quieto ante Dios. Entonces ore a Dios, hasta que encuentre tranquilidad en la certeza que Él actuará. Jesús tiene en todas las situaciones consejos y ayuda. Él, el vencedor del Gólgota, llevará nuestra cuestión a buen término, en esto podemos confiar (Lea Sal. 32:1-7; 140:12,13.)

“En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación”. La confianza en Dios es el tono básico del Salmo 62. El temor y la angustia no pueden imponerse. David aún estaba rodeado de enemigos, que lo querían derrocar del trono y deseaban su muerte. Pero él mismo había encontrado profunda paz en la comunión con su Dios.

“La quietud interior es un vigoroso contar con Dios, un conocimiento acerca de Él y una esperanza en Él. Donde uno se ejercita en esto, Dios otorga aun en grandes peligros la silenciosa serenidad” (H. Brandenburg). Junto a Dios nuestro inquieto corazón encuentra tranquilidad. Jesús mismo nos invitó: “venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28; lea Dt. 33:3,26-28; Sal. 31:19,20).

Día 4

Sal. 62:2,5-7; 18:1-3

2. Ten en cuenta, quién es Dios para ti

Si nosotros deberíamos explicarle a alguien, quién es Dios para nosotros, ¿qué le diríamos? A David no le cuesta la respuesta. Él había experimentado a su Dios de múltiples maneras y lo describe así: “de él viene mi salvación. Él solamente es mi roca y mi salvación; es mi refugio, no resbalaré mucho ... En Dios está mi salvación y mi gloria; en Dios está mi roca fuerte, y mi refugio”.

David compara su Dios con una roca, un símbolo de fortaleza, sostén, seguridad y continuidad. Los enemigos comparan a David con una “pared agrietada”, que pronto se derriba. Pero esa visión no es decisiva; lo importante es que David esté anclado firmemente en su Dios. “Él solamente es mi roca y mi salvación; es mi refugio, no resbalaré mucho”.

Detrás de esa expresión no se esconde seguridad de sí mismo, sino que irradia una profunda certeza de fe: Dios es mi sostén (Lea Sal. 27:5; 31:2,3; 40:1,2.)

“De él viene mi salvación”. Aquí se declara la angustia, que rodeó a David, pero al mismo tiempo la ayuda ya experimentada. El ruido y la intranquilidad en este mundo son originados en el corazón terrible e irreconciliable del hombre. David había conocido a Dios como aquel que puede curar y sanar. Por eso oraba en otra situación: “Muestra tu maravillosa misericordia, tú que salvas a los que se refugian en tu diestra, de los que se levantan contra ellos” (Sal. 17:7).

Juan Calvino escribió, que las palabras le parecen “como un escudo, que el angustiado le enfrenta al diablo en su extrema situación”. ¿Utilizamos también esa arma de protección de la oración confiada, para que en medio de la tentación y angustia podamos estar amparados y tranquilos? Si nos faltan las palabras propias, podemos también elegir las palabras de David (Lea Sal. 27:1; 59:9,16,17; 71:1-3.)

Día 5

Sal. 62:7; 46:1-11

“En Dios está mi roca fuerte, y mi refugio”. Aquí David confesó su profunda y personal relación con Dios. Ella es la razón de su incommovible seguridad en medio de tentaciones y amenazas. La comunión con Dios le dio a David un fuerte sostén, cuando todo en su alrededor tambaleaba, cuando ofensas y malas habladurías le lastimaban. La esperanza tiene que ver con una clara visión, una buena visión, con la mirada en la dirección correcta. Si Dios es la esperanza de David, quiere decir que él mira en la dirección correcta. “Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados” (Sal. 34:5; lea Sal. 25:15; 121:1-8; Hch. 7:55).

Vivir confiadamente, ¿podría decir esto para nosotros: Sostén la certeza que para Dios es algo pequeño salvar “con muchos o con pocos” (1.S. 14:6)? ¿Podría ser que la vida confiada haga nuevamente raíces en nosotros, cuando creemos como María: “nada es imposible para Dios” (Lc. 1:37; lea Gn. 18:14; Mt. 19:26)? ¡Cuénte con el Dios que es mucho mayor que todas las dificultades!

El salmo favorito de Martín Lutero comienza con las palabras: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1). Cuando se acumulaban problemas sobre problemas, Lutero podía decir a su amigo Philipp Melanchthon: “¡Ven, maestro Philipp, cantemos el salmo 46!”

De Corrie ten Boom escribió Elisabeth Elliot: “Corrie era una mujer con una fe muy fuerte y una cara radiante. ¿Por qué? No porque ella no había sufrido, sino justamente porque estuvo en muchas aflicciones, y las enfrentó con su confianza en Dios. Cuando experimentaba la profundidad de impotencia y debilidad, se dirigía con plena confianza a su Señor”.

La vida confiada tiene influencia, pues puede despertar confianza en otros, para que puedan ir tranquilos su camino.

Día 6

Sal. 62:8; 55:23

3. Derrama tu corazón ante Dios

“Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio”. El comentario de Martín Lutero acerca de este versículo es muy impresionante: “Dios se mantiene firme, así que confiad en Él, en ambos tiempos, sea felicidad o desastre. Si les falta algo, ¡adelante!, aquí hay un buen consejo: ‘derramad vuestro corazón delante de Él’, quejaos francamente, no esconded nada. Sea lo que fuere, echad todo el montón delante de Él, como si abríais vuestro corazón delante de un buen amigo. A Él le gusta escucharos, y Él quiere ayudaros y aconsejaros. No tengáis temor delante de Él, y no pensáis que sería demasiado grande o demasiada cantidad. Él es mayor y puede y quiere hacer más, de lo que es nuestra necesidad. Sacad todo afuera, aunque fueran bolsas llenas de necesidad, sacadlas afuera. Dios es mayor que nuestros problemas” (Lea 1.S. 1:9-17,27; Neh. 1:1-11.)

Mientras que derramamos nuestro corazón ante Dios, encontraremos tranquilidad. Junto a Él todas nuestras cuestiones están en las mejores manos. Él que lleva el nombre “Admirable y Consejero”, nos puede aconsejar profesionalmente. Él es competente en todo sentido. Delante de Dios podemos decir nuestros temores y podemos confiarle nuestras preocupaciones (comp. 2.Cr. 20:12).

Hemos visto: con el versículo 8 en nuestro salmo, David dirigió una palabra muy personal a las personas que tienen un corazón cargado e intranquilo. Ellas deben llegar a la tranquilidad junto a Dios.

Él que ha encontrado paz en Dios, puede invitar a otros a llegar al Príncipe de paz. Él prometió: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo” (Jn. 14:27; lea Jn. 16:33; Fil. 4:6,7).

Día 7

Sal. 62:3,4; 94:3,4,7

4. Deja que Dios responda a los ataques del enemigo

El Sal. 62 nos muestra lo que la inquietud había hecho en el corazón de David: “¿hasta cuándo maquinareis contra un hombre, tratando todos vosotros de aplastarle como pared desplomada y como cerca derribada? Solamente consultan para arrojarle de su grandeza. Aman la mentira; con su boca bendicen, pero maldicen en su corazón”.

La inquietud en nuestra vida, ¿acaso no la sentimos porque escuchamos lo que otros piensan acerca de nosotros, o cuales turbios planes maquinan?

En nuestro salmo aparentemente todos luchaban contra *uno*. Los enemigos de David maquinaban como lo podrían derrocar, incluso desarrollaban planes de matarlo, distribuían mentiras y escondían tras palabras piadosas su meta verdadera.

¡Qué dolorosos pueden ser tales expresiones! ¡Cuán profundamente lastiman! Lamentablemente existen tales comentarios y afirmaciones, incluso entre creyentes, que producen mucho mal, desconfianza mutua y rechazo. El patriarca Augustin dijo una vez: “La lengua de los hombres es mi diario horno de fusión”.

¿Qué hacemos nosotros con difamación, con imputación y con rechazo? De David no escuchamos ni una palabra de indignación o defensa. Él mandó a su alma: “¡en Dios solamente reposa!” Él te ayuda. Este camino está posible también para nosotros: huye a Dios, refúgiate en su amparo y derrama tu aflicción delante de Él. Él puede intervenir con su ayuda.

“Mi alma está quieta, se consuela en el poder del Altísimo, cuyo consejo y santa voluntad me darán pronto auxilio. Él puede más que todos los dioses, Él es mi refugio, mi salvación, mi Redentor, nadie me puede derrocar, por más ímpetu que tuviere” (P. Gerhardt).

Con tal confianza en el corazón podremos también nosotros soportar los días pesados y difíciles de nuestra vida (Lea Sal. 57:1-11; Jn. 13:34,35).

Día 8

Sal. 62:1-6; 38:12-15

“¿Hasta cuándo maquinareis contra un hombre, tratando todos vosotros de aplastarle, ...?” Esto no lo experimentó solamente David; también en nuestros días cristianos sufren por su fe en Jesús.

Una misionera escribió: “Hoy, a la noche, cuando llegamos a casa, caían de todos lados piedras sobre nosotros. Yo temía muchísimo. ¿Qué debemos hacer, pasaremos estos ataques con vida, y ...? Preguntas sobre preguntas se levantaron delante de mí. Pero, después en medio de las inquietudes y del temor, llegó la promesa de mi Dios: ‘Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro’, - todo temor se había esfumado. ‘Bajo sus alas’, cuán realista se siente, esto hemos experimentado realmente, cuando estábamos rodeados de un montón de hombres, que se acercaron a nosotros con mucho griterío. La luz de sus antorchas iluminaba sus rostros enojados y decididos para cualquier cosa. – Nadie fue lastimado seriamente. Hemos experimentado la intervención del cuidado protector de Dios, de una manera maravillosa e inolvidable”. (Lea Sal. 91:1-5.14-16; 118:13,14; Is. 54:14-17.)

“En Dios solamente está acallada mi alma”. Si permanecemos en esa quietud ante Dios, uno puede reaccionar sereno en las dificultades, o quedarse callado, cuando fuere lo mejor. Jesús mismo no contestó ni una palabra, cuando los miembros del consejo supremo le instaron responder a las falsas acusaciones (Mt. 26:62,63). El silencio de Jesús no era señal de debilidad o de confusión o de terquedad. Era un silencio muy activo, como demostración de su acuerdo con la voluntad de Dios y el camino de su Padre.

“Ciertamente yo buscaría a Dios, y encomendaría a él mi causa; el cual hace cosas grandes e inescrutables, y maravillas sin número” (Job 5:8,9; lea Sal. 25:4,5; 56; 1-4,9).

Día 9

Sal. 62:1-9; Pr. 3:5,6

En nuestro salmo llama la atención que se repite varias veces la palabra “*solamente*”. “En Dios solamente está acallada mi alma; él solamente es mi roca y mi salvación”. Esta palabra muestra una clara dirección, que descarta todas las demás posibilidades. Detrás de este “solamente” se ubica la actitud de fe de David, su dirección decidida en Dios. Él no confió en nadie más, de nadie esperó la ayuda necesaria, solamente de Dios.

La relación de David con Dios se caracterizó por profunda confianza, al que tiene delante de sus ojos como un Padre amoroso. Dios se preocupaba de él en medio de los conflictos y controversias con sus enemigos. En la presencia de Dios David experimentó cuán irrenunciable son la paz y la seguridad. (Lea Sal. 31:1-5; 46:1-5.)

En la presencia de Dios también nosotros podemos encontrar sosiego. Junto al corazón paternal de Dios se logra el tranquilo y confiado esperar en Su intervención a nuestra situación personal. “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos” (Is. 26:3,4; lea Jer. 17:7,8).

También la intención de los enemigos se escribió con la palabra “solamente”: “Solamente consultan para arrojarle de su grandeza” (v.5). Esto es hasta el día de hoy el propósito del enemigo. “Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1.P. 5:8; lea 2.Co. 2:10,11; Lc. 22:31,32).

En el versículo 9 David expresa: “por cierto, vanidad son los hijos de los hombres, ...” En algunas traducciones bíblicas aparece también el “solamente”, no son otra cosa, solamente vanidad. Aquí no se trata de un rechazo pesimista del hombre, sino de la pregunta fundamental, en qué puede confiar realmente el hombre tanto en la vida como en la muerte. David conocía la respuesta. Él se había decidido de poner su confianza solamente en Dios.

Día 10

Sal. 62:5-8; 86:1-7

“Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza”. Aquí escribimos el informe conmovedor de un creyente, que de repente se enfermó gravemente, sin esperanza: “Yo había predicado a Jesucristo – pero, ¿dónde estaba Él ahora, que lo necesitaba con mucha urgencia? Nunca antes me había concientizado, de qué manera podemos estar a la merced de las circunstancias, sin poder hacer nada uno mismo. No era la enfermedad que me hizo tanto problema, sino el pensamiento, que mi vida ya ahora podría llegar a su fin. Impulsado por la intranquilidad interna, tomé un libro, que mi madre me había traído. Mi madre era un mujer tranquila, que pensaba y oraba mucho. ¿Acaso habrá sabido ya antes, lo que su hijo necesitaba ahora con tal diagnóstico?

El título del libro era ‘el pastor de Heidelberg’. Yo hojeaba, como lo hace uno, solamente para tener algo que hacer. Mis ojos se fijaron en una carta. Era una carta a un amigo gravemente enfermo. Cuánto más leía, más me sentía tensionado. Entonces leí la frase: ‘Sea como fuere tu situación ahora, déjate caer en las manos de Jesús’.

Totalmente cautivado miré una y otra vez esa invitación: ‘déjate caer en las manos de Jesús’. Así que no estaba a la merced de las circunstancias. Sentí en mí que la inquietud y el temor se retiraban y que en mí aumentaba el gozo. El regocijo era tal, que en ese mismo momento hubiera podido entrar la misma muerte por la puerta. Mi situación exterior no había cambiado para nada, yo tenía que quedarme por mucho tiempo más en una clínica. Pero me sentía protegido y guardado de mi Señor. Sentirse seguro en Jesucristo, esto era el gran regalo de Dios para mí en medio de la enfermedad”. (Lea Sal. 16:8-11; 73:23-26,28; 139:5.)

Día 11

Sal. 62:11,12; 1.Co. 2:9,10

5. Pon tu confianza en la Palabra de Dios

“Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: que de Dios es el poder, y tuya, oh Señor, es la misericordia”. En la quietud ante el Señor, David se sintió enriquecido por la Palabra de Dios. Eran palabras que le daban seguridad, que él estaba del lado del vencedor. “De Dios es el poder, y tuya, oh Señor, es la misericordia”.

Aunque los enemigos se presentaban muy fuertes, contra Aquel, que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra, no podían hacer nada. David habló también de que Dios es misericordioso. Esa buena noticia tenía que compartir con los hombres, a los que ya se había dirigido en el versículo 8 con la exhortación: “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio”.

Aquel que se encontró con Dios en un tiempo de quietud, tendrá también una palabra alentadora para otros. ¡Busque usted la quietud ante Dios! ¡Permítele que Él le otorgue sus dones, para que pueda ser una bendición para los de su alrededor! (Lea Sal. 119:105; Éx. 33:7-11; 34:29.)

En el Nuevo Testamento encontramos a María de Betania. Ella nos puede enseñar algo acerca del tema “quietud en la vida diaria”. Jesús llegó a su casa. María se sentó a los pies del Señor y escuchaba lo que Él decía. Marta, su hermana, estaba muy ocupada. Entonces se acercó al Señor, diciendo: “Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude”. Pero el Señor le contestó y dijo: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lc. 10:38-42).

Sea lo que fuere lo que habría que hacer, *ahora* no importaba el trabajo, sino sólo *una* cosa: escuchar lo que Jesús decía.

Día 12

Lc. 10:38-42; Sal. 5:4

“¡Sólo una cosa es necesaria!” María escuchaba a Jesús. ¿Se habrá decidido Marta también para escuchar a Jesús, después de haber recibido la corrección? Algún tiempo más tarde nos damos cuenta que Marta se acercó con toda confianza a Jesús y tuvo con Él una conversación acerca de la fe. (Lea Jn. 11:20-28,39,40.)

María no se había hecho pasiva por escuchar quietamente a Jesús. Ella se interesaba con ardiente corazón por el camino de Jesús. Todo su amor por Jesús se demostraba, cuando fue a la casa de Simón, el leproso, y ungió a Jesús con el valioso perfume. “Al ver esto, los discípulos se enojaron, diciendo: ¿para qué este desperdicio? Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿por qué molestáis a esta mujer? Pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque siempre tendréis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho a fin de prepararme para la sepultura” (Mt. 26:6-13).

De ninguna otra persona leemos que tomara los anuncios del sufrimiento del Señor tan en serio, y vislumbrando ya su pronta muerte. ¿Acaso María había entendido en aquella hora de quietud, con más profundidad a Jesús y su camino? El Señor habló de la buena parte, que ella había elegido: el cuidadoso escuchar de Su Palabra y su obra de amor, que debía conocerse en todo el mundo. El escuchar quietamente Su Palabra, despertaba en María un sincero y profundo amor, que anhelaba exaltar y honrar solamente a Jesús. María había entendido: “La Palabra de Dios no quiere ser recibida y acumulada solamente en el cerebro, sino quiere entrar en mi corazón y me quiere cambiar”.

Nuestro mundo necesita el aliento de personas cambiadas, que estén aferradas a Jesús y que confíen en Su Palabra. “En Dios solamente está acallada mi alma; de él viene mi salvación”. (Lea Sal. 131:2,3; Dn. 6:11,23,24.)